

"TEJARES EN LA VEGA DE SEVILLA"

Por Alvaro Jiménez Sancho

La ubicación de la ciudad de Sevilla en la llanura aluvial del río Guadalquivir ha determinado el empleo de la tierra arcillosa como material constructivo a lo largo de su historia. Hace prácticamente 2000 años que se vienen fabricando ladrillos en Sevilla, los comienzos de esta larga actividad productiva se relacionan con la fundación de la Colonia Julia Romula en época de Julio Cesar. Desde entonces hasta fines de los años noventa del siglo XX, la actividad de los tejares ha conocido unas etapas más florecientes que otras. Más concretamente, para los hornos que estamos tratando la Exposición Iberoamericana de 1929 supuso el punto álgido de su producción. Esa coyuntura que se tradujo en la última gran etapa de utilización del ladrillo tradicional en la arquitectura sevillana, también significó el principio del fin de los tejares de Triana. El desdoble del cauce del río hacia Poniente, para evitar las riadas, trajo consigo la destrucción de numerosos hornos. Tras esa operación, la posterior expansión urbana arrinconó la producción de ladrillos hacia las proximidades del nuevo cauce. Finalmente, otra exposición universal, la del 92, acabó definitivamente con los tejares, quedando hoy aquellos que se ubicaron a la otra orilla, uno de los cuales ha sido afortunadamente objeto de atención por la Cátedra promovida por Hispalyt.

El origen de estos tejares en concreto se remonta a la primera mitad del siglo XX, los precedentes hay que buscarlos en zonas hoy urbanizadas que estarían más próximas al casco histórico. No obstante, la historia de los tejares sevillanos es poco conocida. Salvo recientes notas periodísticas que llaman la atención sobre la pérdida de estas instalaciones y un estudio muy completo, aunque inédito, de carácter arqueológico y antropológico realizado con motivo de la Exposición Universal de 1992, el grueso de la información se restringe a la comunicación directa de los propietarios.

El tejar que nos ocupa pertenece al último cinturón de estas instalaciones artesanales familiares que flanquean la margen del río Guadalquivir. En los últimos años mantenía una producción destinada principalmente al ladrillo hoy conocido como rústico, para su utilización en ornamentación y obras de restauración de edificios históricos. Actualmente, el uso de esta instalación es el acopio de ladrillo de taco recuperado de derribos y escombreras. La hegemonía de los nuevos materiales y las normativas relativas a la contaminación ambiental han supuesto la pérdida de un oficio milenario.

Con el concurso que ahora se convoca se abre una posibilidad de recuperación de unas instalaciones que, aunque no demasiado antiguas, mantienen el recuerdo de una actividad presente a lo largo de la historia de Sevilla.